

Montevideo, ¿Por qué plaza fuerte?

Ruben Alvarez Massini
Al Pie de la Muralla
alpiedelamuralla@adinet.com.uy

En esencia la presente ponencia se desarrolla en dos sentidos. El primero, estudiar los motivos por los que se consideró necesario en el siglo XVIII proceder a la fortificación de la bahía de Montevideo; el segundo, destacar los aspectos principales de la evolución que sufrió el sistema fortificado, desde el levantamiento de obras provisorias (1725) para continuar con la erección de fortificaciones que pretendieron tener el carácter de permanentes (1741).

-I-

No se puede comprender el primer aspecto sin tener muy en cuenta consideraciones de carácter general. En primer lugar debe entenderse que estas tierras eran parte de un imperio mundial, el español, y dentro del mismo estuvieron llamadas a jugar un papel particular. En segundo lugar no se puede perder de vista que, desde que se hizo patente el conocimiento de que las nuevas tierras eran un continente nuevo, comenzó un pleito entre españoles y lusitanos, donde los primeros intentaban detener el ansias de expansión de los segundos.

La expansión portuguesa tuvo como objetivos a largo plazo la obtención del Perú y Alto Perú, donde la riqueza mineral, y también la de otros tipos, constituía una realidad ambicionada, aunque también teñida por mucho de leyenda. En esta expansión de Portugal hacia el Oeste pueden determinarse dos períodos bastante claros y dotados de caracteres típicos.

El primero de ellos, que llega hasta las últimas décadas del siglo XVII es el de la penetración por medios indirectos, época en la cual la corona lusa no podía permitirse un directo enfrentamiento con su poderosa vecina española. Para ello se recurrió a la iniciativa de aventureros, los célebres “bandeirantes”, que con protección oficial oculta, fueron verdaderos pioneros del imperio portugués. Este sistema tenía la ventaja de dejar a cubierto la responsabilidad gubernamental ante reclamaciones españolas. Tan eficaces fueron las incursiones de estos grupos, que tenían objetivos inmediatos de botín, que llegaron a aparecer en las cercanías de la propia Santa Cruz de la Sierra. Quienes llegaron a padecer mucho esta situación fueron las misiones de la Compañía de Jesús establecidas en el Alto Uruguay y Paraguay; puesto que allí los invasores saciaban su sed de esclavos y ganado. Tan crítica llegó a ser la situación de estos lugares, que incluso alarmó a las autoridades virreinales del Perú y de la propia España; que además, en el caso, se enfrentaba a las enormes distancias, lo extenso del territorio a defender y las penurias de la Real Hacienda. La solución partió de los propios habitantes de las zonas en peligro. Obtenidas las autorizaciones correspondientes, la misiones se organizaron militarmente, de modo tal que no solamente contuvieron la expansión sino que lograron rechazarla exitosamente. Aquí se cerró el camino por el que habían optado los portugueses en su momento. La respuesta a esta frustración debió buscarse por una vía alternativa.

A fines del siglo XVII, ya España padecía gravemente una importante disminución en su poderío militar y político, en parte debido al gobierno de los dos últimos Austria. Esta situación la aprovechó Portugal iniciando, ya oficialmente, sus reclamaciones sobre territorios americanos. Siendo las misiones un obstáculo muy serio, la estrategia portuguesa encaró una ruta de penetración que las eludiese y al mismo tiempo que fuese practicable. Consecuencia de esto fue la fundación de

la Colonia del Sacramento (1680), cuyo objetivo era convertirse en el primer hito de un camino hacia el Norte que, empleando como vías los ríos Uruguay, Paraná, Paraguay y Pilcomayo, aproximase a los lusitanos al Alto Perú, pasando por la retaguardia de las “misiones de los tapes”. Ilustrativos de este proceso son algunos escritos del P. Pedro Lozano, publicados pero poco conocidos, que hacia la mitad del siglo XVIII elevó a las autoridades hispanas con motivo del tratado de Madrid (1750). Allí, con acumulación crítica de antecedentes y documentos, desarrolla en forma bastante exacta los hechos que consignamos.

De todos son conocidos los hechos de ataques, reclamaciones, devoluciones y demás hechos que sucedieron con la célebre Colonia hasta 1777. Pero el hecho es que, terminada la Guerra de Sucesión Española con varios tratados de paz, las negociaciones dejaron la ciudad en manos de Portugal; y pronto la Corte de Madrid percibió con exactitud los problemas que de ella se podían derivar. Para Felipe V y sus consejeros era evidente que no pasaría mucho tiempo en que las autoridades de Lisboa intentarían unir territorialmente el Brasil con su nueva y pequeña posesión. De allí nació la idea de fortificar aquellos puertos del Atlántico y Río de la Plata que oportunamente pudiese ocupar el enemigo en violación de los tratados y que le servirían de enlace entre sus dos porciones de América.

Fue por estas necesidades, apremiantes, que varias veces el Rey impartió la orden de ocupación de lugares tales como Montevideo, Maldonado y San Pedro del Río Grande. El resto de la historia es conocida: la renuencia de Zabala a cumplir lo mandado, la presencia de Freitas da Fonseca en 1724 con sus fuerzas y la consiguiente reacción española. Todo lo que terminó con el establecimiento de familias pobladoras y el levantamiento de fortificaciones.

De lo dicho se desprende que, en la concepción estratégica del mundo americano de aquellos tiempos, la suerte de los territorios de más al norte dependía de la defensa que se hiciese en estas localidades platenses. Por ello no era vana una expresión que se repetía en los documentos del siglo XVIII refiriéndose a Montevideo como “antemural de todos estos reinos hasta el Perú”.

-II-

Iniciado el establecimiento militar en la península oriental de la bahía de Montevideo, Zabala comisionó al Ingeniero Militar Domingo Petrarca para que levantase las primeras defensas que, necesariamente debían ser provisorias, como que se construyeron de tierra, fajinas y tepes. Tampoco se siguió un plan o sistema definitivo, sino que simplemente se hicieron estas defensas de campaña para poder enfrentar un inmediato ataque enemigo. En esencia consistían en una batería que protegía la entrada de la bahía, y un pequeño fuerte de cuatro baluartes situado en la parte más alta de la península.

Pero Petrarca, que parece haber sido un buen técnico, continuó con sus trabajos en vistas de defensas permanentes. Es de notar que con anterioridad a los hechos mencionados ya había realizado un minucioso plano de la bahía y sus alrededores, lo que indica que poseía conocimientos bastante acabados de la topografía local. Sobre estos estudios elaboró un proyecto de fortificación permanente, que se plasmó en un plano que está fechado en 1730. En un primer aspecto establecía la necesidad de dar carácter de permanente a lo ya hecho, de modo que debía reconstruirse en piedra lo que estaba levantado en forma provisorio; pero por otro lado encaraba el diseñar un sistema defensivo completo que protegiese a la población por el lado de tierra, es decir por el Este. Como lo indicaba el buen arte de la fortificación, el punto central de la defensa debía ocupar un lugar

dominante por su altura; por ello el proyecto preveía que se levantase un fuerte (denominado en el plano “Fuerte Grande”) en un lugar situado aproximadamente en el espacio encerrado entre las actuales calles Soriano, Gutiérrez Ruiz (ex Ibicuy), 18 de Julio y Río Negro. Desde este fuerte partían dos líneas de fortificación, con ángulos salientes, que terminaba uno en la bahía y el otro en el río, siguiendo aproximadamente la dirección NO a SE.

El proyecto pasó a España donde fue informado, con algunas observaciones, por el Ingeniero General marqués de Verbom; en virtud de lo cual el 28 de diciembre de 1731 recibió la aprobación del ministro Patiño. Esta aprobación quedaba sujeta a que Petrarca y Verbom se pusiesen de acuerdo en los detalles que motivaban las discrepancias. En efecto, el marqués entendía que era más conveniente construir las nuevas obras más hacia el Oeste, es decir más cercanas a la ciudad; mientras que Petrarca alegaba que de hacerse así las fortificaciones iban a estar “dominadas” por una altura exterior, lo que no sólo iba contra el arte sino contra el sentido común: cualquier enemigo que ocupase esa colina exterior podía fácilmente hacer fuego de artillería contra la población y las fuerzas que la defendían. Para nada apocado, Petrarca mantuvo una discusión epistolar con su superior, donde defendió su proyecto enérgicamente, haciendo constar a cada paso que el sí conocía bien el terreno y no su superior en España. Nunca se llegó a un acuerdo puesto que Petrarca falleció en Agosto de 1736 sin ver el inicio de la realización de su proyecto.

A poco de desaparecido el primer ingeniero, fue designado Diego Cardoso quien debió encargarse del inicio de las obras de fortificación. Este personaje, destacado en la vida montevideana de la mitad del siglo XVIII, se demostró como incompetente, orgulloso, contencioso y un tanto deshonesto; caracteres muy bien demostrados en la documentación que hace casi treinta años exhumó el Dr. Juan Apolant del Archivo de Indias.

Ni bien asumió su cargo en Montevideo (5 de Julio de 1740), Cardoso archivó el proyecto de Petrarca –ya casi totalmente aprobado- y presentó otro que le era propio. En esencia delineó una línea fortificada sobre el frente de tierra compuesta de una ciudadela central y dos líneas de murallas que corrían como las del proyecto anterior, y culminaban con dos cubos circulares en sus extremos. Por la parte del agua el recinto se reducía a un simple parapeto con baterías intercaladas y que llegaba hasta la “punta de San José”, donde la vieja batería de Petrarca se sustituía por una de mayor capacidad denominada “de San Felipe”, la que posteriormente se conocería como “Fuerte de San José”; desde éste continuaba la línea hasta el embarcadero, donde se interrumpía.

La tramitación de este proyecto nuevo no siguió la misma suerte que el primero, porque en España se demoró más de la cuenta; pero lo cierto es que por desconocidas razones se obtuvo una autorización del Virrey del Perú y, el 13 de Octubre de 1741 se dio inicio a las obras del fuerte central o “Ciudadela”. Una vez comenzadas llegó una Real Orden del 15 de Septiembre anterior que ordenaba respetar el proyecto de Petrarca y lo dispuesto por Verbom, sin embargo se continuaron las obras haciendo caso omiso de la última disposición real.

Fue sobre la base del proyecto de Cardoso que se desarrolló el sistema fortificado de Montevideo. Y por ello adoleció para siempre de los defectos que éste tenía. En efecto, siguiendo la opinión que el Ingeniero General había hecho a Petrarca, y que éste había demostrado como inadecuada, el nuevo ingeniero dispuso la línea fortificada mucho más cercana a la ciudad, de modo que la famosa colina que para aquel era necesario ocupar con la principal obra defensiva (el “Fuerte Grande”) quedó fuera del recinto fortificado, y simplemente destinada a recibir una atalaya de vigilancia. Nadie se ha podido explicar el real motivo que tuvo Cardoso para cometer tal error. Podría tratarse de una mera razón de ahorro en los costos del proyecto; sin embargo, por lo que

fuere, la defensa de Montevideo quedó definitivamente disminuida por un error de ubicación, y ello sin sencillo remedio. Caro se pagó esto en 1807, cuando el sitio británico demostró claramente que la ciudad podía ser batida por la artillería atacante con enorme ventaja.

Numerosos son los testimonios técnicos, y no técnicos también, que critican este defecto de nacimiento. De los primeros tenemos el informe del ingeniero José Antonio de Borja (1770) donde aconsejaba la demolición de todo lo hecho y la construcción de nuevas obras en lugar más adecuado, dado que "... la situación de esta Ciudadela es harto infeliz porque se halla enterrada y dominada de la campaña al medio tiro de cañón...". Más expresiva es la opinión del P. Pérez Castellano en su "memoria" de la invasión británica: "Desde que se fundó Montevideo y se hizo la ciudadela por los años de 40 a 44 del siglo pasado, gritaban todos, chicos y grandes, que se situaba mal por estar muy dominada de la loma inmediata, y que se debía situar donde está el horno de María, que es ahora de los herederos de Don Melchor de Viana. Este grito general creció siempre con el tiempo, y la experiencia nos ha hecho ver que era fundado, que si la Ciudadela se hubiese colocado donde lo dictaba el sentido común y se hubieran tendido las murallas a uno y otro lado del mar con sus baluartes y plataformas, los enemigos no hubieran establecido sus baterías contra la Plaza con la facilidad con que las establecieron, y con muy poco peligro de que les matasen gente. Además de esto, nuestros fuegos hubieran alcanzado el seno de Punta Carretas, en donde se abrigan las fragatas enemigas, hacías sus embarcos y desembarcos y nos ofendían impunemente con sus fuegos por elevación."

Aquí no terminaba la incompetencia del ingeniero. Pronto se hizo patente que la calidad de las obras realizadas era de pésima factura. Uno de los baluartes de la ciudadela comenzó a ceder y derrumbarse. Los informes realizados por expertos indicaban que los cimientos eran insuficientes, la calidad de los materiales era pésima y que las proporciones de las obras no guardaban relación con lo aconsejado por la técnica respectiva. Esto dio origen a una enorme tramitación, , Donde la mayoría de las opiniones de expertos coincidían en su diagnóstico. De ello también surgió que las sumas invertidas en compra de materiales no coincidían con los empleados, así como que la factura de todo el recinto fortificado era mala, cuando no totalmente insuficiente y que en consecuencia la ciudad estaba en casi total estado de indefensión. Estudiadas las inversiones y lo realizado, opinaba el Teniente General Pedro de Cevallos que Montevideo había consumido más fondos que los empleados por entonces en las fortificaciones de la imponente plaza de Cádiz.

Después de todo esto el 19 de Enero de 1752 se ordenó el relevo de Cardoso, siendo sustituido en Febrero de 1753 por su sobrino Francisco Rodríguez Cardoso, que en todo seguía las huellas de su tío. No obstante se presentaron proyectos de otros ingenieros buscando una solución al defecto anotado. Uno de ellos era el de demoler la Ciudadela y en su lugar levantar un "Hornabeque" de gran tamaño, otros volvían a la idea primigenia de Petrarca y proyectaban una nueva línea fortificada más al Este que ocupase la famosa altura dominante. Esto siempre acompañado de abultados presupuestos. Fue el citado Borja quien en forma sencilla caló a fondo las alternativas: o hacer una obra enteramente nueva y en lugar adecuado, sin importar los costos; o bien demoler lo hecho y dejar la ciudad sin defensas, arguyendo que si bien en esta última condición era fácil de tomar por el enemigo, también era fácil de recuperar por las armas de España. Lo efectivo de todo esto es que las cosas quedaron como estaban.

También es cierto que ante perspectivas de guerra cierta, las autoridades militares acudían oportunamente a medidas provisorias que de alguna manera aliviase los defectos de situación y construcción. A título de ejemplo recordemos la Junta de Guerra celebrada en Abril de 1781 en ocasión de hostilidades con Gran Bretaña. Allí el Ingeniero Carlos Cabrer, en forma bastante clara indica: "Forzado el puerto, le queda libre [al enemigo] el desembarco por la parte del norte y del

Este para atacar la ciudad, y queda ésta muy expuesta por la falta de tropas y sus endebles mal contruidos muros sin terraplén en la mayor parte, y su ciudadela en muy mal estado, con el uno de los baluartes que por instantes se viene abajo (...) si intenta el ataque por mar el recinto sólo está resguardado de un simple parapeto sin muralla, para sólo impedir un golpe de mano...”, terminando en que la rendición “... casi será irremediable si viniere el enemigo con competente número de tropas...” Por cierto que la capacidad de improvisar quedó clara cuando en esa emergencia se levantaron baterías de tierra y fajinas en los puntos clave del frente del Este, ocupando las alturas correspondientes

Otra Junta de Guerra (7 de Diciembre de 1796) consignaba que la “... fortificación por la parte de tierra consiste en una ciudadela colocada en el centro de su frente, con los dos flancos, dos reducidos semi-baluartes (...) y dos cubos circulares a los extremos con una muralla corrida en los intermedios de esta obra: la ciudadela pequeña; uno de sus baluartes sin terraplén, por no poder aguantar los empujes de las tierras; agrietados los tres restantes y sin ninguna obra a prueba [de bomba] para descanso de la tropa (...) los dos cubos de los extremos, sumamente pequeños y de poca resistencia; y la muralla que intermedia entre las citadas obras es sencilla, de poca altura, de mala construcción y sin terraplén, estando toda la parte expresada de esta fortificación sin foso. (...) por la parte de mar: desde el Cubo del Sur al fuerte de San José: un parapeto (rasante de piedra y tierra, de 1 vara de grueso y 5 pies de altura), con baterías provisionales de igual factura. El puerto desguarnecido (...) La antecedente relación de la fortificación de esta plaza manifiesta el estado indefenso en que se halla...”.

A todo esto debemos agregar otro defecto: la escasa defensa de la entrada de la bahía. Petrarca había oportunamente pretendido que el fuerte de San José debía tener su gemelo al pie del Cerro, de forma que los fuegos de ambos cerrasen la bahía. Como el segundo no se construyó nunca, la única solución fue construir una pequeña batería en isla de Ratas y entre ésta y San José acoderar los buques artillados que se hallaban en el lugar. También en 1807 se hizo patente que este expediente provisorio no era otra cosa que esto.

Por estos años finales del siglo XVIII comenzaron algunas obras con la finalidad de, por lo menos, reformar las defensas de tierra de acuerdo a los principios del arte de la fortificación. Por estos tiempos conocemos los nombres de algunos ingenieros que demostraron buena diligencia; quedan varios documentos, particularmente planos, en donde se consigna entre otros la presencia de José García Martínez de Cáceres, Juan Bartolomé Howel (en realidad: Havelle) y José del Pozo. La reforma comenzó por la parte Norte de las fortificaciones de tierra; allí se construyeron las “bóvedas” para almacenamiento de munición de guerra, una excelente obra “a prueba de bomba”, y se hizo de nuevo el Cubo del Norte, ampliándolo y dándole la forma de un semi-baluarte. De allí en adelante se reformaron todas las defensas hasta la Ciudadela. Los planos nos muestran la construcción de una nueva muralla con terraplenes, foso, contraescarpa, camino cubierto y un glacis. Por todo lo cual, aun sin resolver el problema de la ubicación inadecuada, esta parte de la ciudad quedó dotada de una buena línea fortificada. Hacia 1806, época de la invasión británica los trabajos no habían avanzado más.

Tan poca confianza tenían los militares en la solidez de la defensa de Montevideo, que cuando se hizo manifiesta la agresión inglesa se pensó inmediatamente que la ciudad no podía presentar una resistencia muy prolongada. Por ello cuando se hizo evidente que ella iba a ser un objetivo del enemigo se diseñó una estrategia consistente en mantener un importante cuerpo de tropas móviles en la campaña (“campos volantes”), lo suficientemente fuerte para hostilizar a los sitiadores, desgastar sus fuerzas y obligarles a levantar el sitio. Lamentablemente las desintelencias entre el

gobernador de la plaza, Ruiz Huidobro, y el jefe de los “campos volantes”, el marqués Rafael de Sobremonte, provocaron tal descoordinación que el sistema fracasó. De modo que Montevideo debió resistir en solitario el peso de la importante fuerza expedicionaria enemiga. Desde el 21 de Enero hasta el 3 de Febrero de 1807 la ciudad quedó sometida a un fuerte bombardeo, pudiendo resistir por el ánimo de los defensores y la artillería de que se disponía; pero el “tren de batir” británico hizo lo suyo contra las fortificaciones. En efecto, el enemigo detectó fácilmente que por el lado de tierra el lugar más débil era la línea de defensas que iba desde la Ciudadela hasta el Cubo del Sur. Por ello el 31 de Enero “... a las 4 $\frac{3}{4}$ de la mañana empezó el fuego con viveza de varias baterías que han establecido los enemigos, particularmente de la que colocaron flanqueada con el espaldón de la escuela práctica y dirigida a la parte más flaca de la plaza, que es la parte del Sur.” Así confirma el P. Pérez Castellano el inicio del fuego que abriría la célebre brecha “... que habían abierto destruyendo el Portón nuevo y el muro que lo sostenía, que era sencillo, sin foso por afuera, y sin terraplén por dentro...”. No obstante esto, el ataque a la ciudad demostró que las “obras nuevas” empezadas unos años antes (bóvedas y línea desde la Ciudadela hasta el Cubo del Norte) tenían la solidez suficiente como para resistir el fuego de la artillería enemiga y proteger a los propios defensores.

Luego de la retirada británica, las autoridades repararon en lo posible los daños realizados. Incluso la experiencia del sitio sirvió para mejorar las defensas por el lado de tierra. En este período se levantó, por obra del Ingeniero del Pozo, el nuevo Cubo del Sur aun subsistente, y que en su momento fue inaugurado con gran aparato por el propio Gral. Francisco Javier Elío. A éste oficial se debe la última obra de arquitectura militar montevideana, el fuerte o castillo del Cerro, cuyo valor militar ha sido muy discutido.

La guerra iniciada en 1811 dio origen a ataques sobre nuestra ciudad. Se habla de dos sitios, el comenzado en ese mismo año y el de 1812-1814. En realidad se trató de meros asedios, y únicamente se puede hablar de “sitio” luego de la derrota de la flotilla del Apostadero por Brown en el último año; porque hasta ese momento los defensores mantuvieron abiertas sus comunicaciones y abastecimientos por mar. Durante estos años las fortificaciones de Montevideo, mejoradas aunque mal situadas, cumplieron cabalmente con su función, puesto que el atacante carecía de medios y experiencia para una operación de sitio. De no ser por la derrota naval del Buceo la ciudad –bien artillada y guarnecida- podría haber resistido indefinidamente; realmente capituló por hambre.

Las autoridades de la “Patria Vieja” nada pudieron hacer por mantener el recinto fortificado; recordemos que la evacuación porteña en 1815 implicó la pérdida de casi toda la artillería existente, con lo que sólo quedaban como defensas unos muros de piedra. Por otro lado el alto costo de su mantenimiento hacía imposible cualquier acción en este sentido. Tampoco las administraciones portuguesa y brasileña parece se preocuparon por ello; cuando levantaron defensas lo hicieron en otros lados y con otros fines.

Los primeros gobiernos patrios, interesados en agrandar la ciudad y recaudar fondos, permitieron su enajenación a particulares. Así se perdió, poco a poco, ese patrimonio de la ingeniería militar, aunque no su mejor muestra. La demolición de la Ciudadela y del Fuerte de San José en la década de 1870 implicó la desaparición de dos testimonios notorios. Sin embargo consuela leer el viejo expediente de mitad del siglo XIX donde se resuelve la venta del Cubo del Sur; allí la autoridad que aprueba la actuación exige que en el documento que sirva de título al comprador se inserte una cláusula donde éste y sus sucesores a cualquier título quedan obligados a mantener la vieja fortificación íntegra y sin alteración, en razón de su valor testimonial e histórico.

Referência Bibliográfica

- Álvarez Massini, Ruben.** *Desde el Buceo al Santo Cristo*. B.H.E.. Montevideo, 1998.
- Apolant, Juan Alejandro.** *La ruina de la Ciudadela de Montevideo*. Imprenta Letras S.A. Montevideo, 1974.
- Apolant, Juan Alejandro.** *Instantáneas de la Época colonial*. Ensayo: *Una tormenta en un vaso de agua*. Ed. Arca. Montevideo, 1971.
- Archivo General de la Nación (Montevideo)** Fondo Escribanía de Gobierno y Hacienda. Expedientes de Tierras y Protocolo de Escrituras de Gobierno.
- Archivo General de la Nación (Montevideo)** Colección Falçao Espalter. Documentos Militares. Tomo I.
- Archivo General de la Nación (Montevideo)** Libros Maestros de Real Hacienda.
- Biblioteca Nacional.** Archivo del Cuerpo de Ingenieros
- Beverina, Cnel. Juan.** *El Virreinato del Río de la Plata. Su organización militar*. Círculo Militar. Biblioteca del Oficial. Buenos Aires 1992
- CEHOPU.** *Uruguay. Defensas y Comunicaciones en el período hispano*. Madrid, 1989.
- Cortés Arteaga, Mariano.** “Las Bóvedas”. En Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Volumen XII (1936) págs. 425 a 443.
- Fernández de Medrano, Sebastián.** *El arquitecto perfecto en el arte militar*. Amberes, 1708.
- Cortés Arteaga, Mariano.** *El Cubo del Sur. Aporte para servir a su restauración*. Montevideo, 1935.
- Pérez Castellano, José Manuel.** *Selección de Escritos. Crónicas históricas 1787-1814*. Colección de Clásicos Uruguayos. Vol. 130. Montevideo, 1968.
- Servicio Histórico Militar – Servicio Geográfico del Ejército.** *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar*. Tomos VI y VII. Río de la Plata. Ministerio de Defensa. Madrid, 1992.
- Travieso, Carlos.** *Montevideo Colonial a través de mapas españoles*. Montevideo, 1937.
- Vallejo, José Mariano.** *Tratado completo del Arte Militar*. Mallorca, 1812.